

Mi monólogo de inmigrante

Por: Carmen Sanchis

Estoy recluida en una habitación, oigo con cierta regularidad la sirena de una ambulancia. Últimamente es la única estridencia que rompe el silencio de Salamanca. ¿Transportará otra historia del drama Covid-19? ¿Qué desenlace tendrá esa carrera hasta el hospital? La cuarentena sobrepasa los 46 días, la España silenciosa sufre el rigor del confinamiento, si estamos a lunes o viernes dejó de tener sentido, el ritmo cada noche lo marca el aplauso de las 8 en honor a los sanitarios y quizás, después vengan las protestas de las cacerolas contra el gobierno. Grito y silencio. Cada familia hace acopio de coraje para darse ánimo en la lejanía. No hay brazos que sostengan ni abrazos que consuelen. El distanciamiento físico profiláctico nos dejó clavados en algún lugar del mapamundi, como muñequitos que no pueden moverse. Y estoy segura de que cuando llegue la noche comenzará otro aspecto duro del confinamiento, en mi caso pensar en los tantos días transcurridos y en los que aún faltan para poder trabajar, sabiendo que se acumulan las facturas a fin de mes.

He oído de la fantástica opción del teletrabajo y del giro cultural en el campo laboral que veremos en lo adelante, pero eso valdrá para los que estén en la fase gerencial de la cadena productiva; los de la fase de implementación, saben que el teletrabajo no sirve en los empleos precarios en los cuales el cuerpo tiene que estar muy presente para barrer, fregar, cocinar, cuidar a los chicos o a los mayores. Por ahora, la calle nos está vedada y la gestión de estas personalísimas economías de inmigrantes bordean el precipicio. Conjugo mi angustia con la de otros y también expreso en presente el sentir de los que hemos dejado la tierra en la que nacimos. Soy del grupo de los desterrados, expatriados, que viven una cuarentena interminable de afecto. Ciertamente padecemos junto con España pero sufrimos por el país que quedó atrás. Nací lejos de aquí, he vivido versiones del confinamiento por razones políticas, por inseguridad personal, por miedo a los secuestros, pero nunca hubiese imaginado el asalto de este patógeno alevoso ensañado contra los terráneos. Yo soy una más, encerrada en 20 metros cuadrados, solo tengo un delicado hilo de wifi que me mantiene vinculada con los mínimos afectos para no morir de inanición. Los míos están regados por el mundo, convertidos en inmigrantes, somos venezolanos en fuga del horror y hemos ido construyendo un sucedáneo de familia, que también padece con los estragos de este Tsunami pandémico.

Me repito hasta la saciedad que las mentes más lúcidas del planeta trabajan denodadamente para entender y atajar los efectos de Covid-19 y como ciudadana me corresponde plantar cara a los tiempos por venir. Sabemos que el próximo paso será desescalar el encerramiento, sin desandar lo andado. A través de la prensa, el twitter; las redes sociales se nos van informando de la metodología para volver a la inédita normalidad, los encargados de las políticas de salud pública están perfilando un futuro con nuevas prácticas sociales que por encima nos advierten del peligro de los besos y los abrazos sin haber verificado el estatus sanitario del otro. ¿Pero de qué mundo nos hablan? Eso será opción para los escandinavos, para iberoamericanos será penitencia. Somos apasionados y besucones, abrazamos y tocamos sin pensarlo mucho. No he oído gran cosa en torno a los descuidos en la ejecución de planes en salud pública; el porqué se llegó a esta catástrofe o cómo sin consumidores se acaba la demanda de muchos bienes y servicios. Antes de que olvidemos esta experiencia traumática y nuevas rutinas se vayan imponiendo gradualmente valoremos la lección que nos trajo este brote mortal, somos más fuertes de lo que pensábamos como sociedad y por eso merecemos liderazgos que estén a la altura.

